



El Evangelio de hoy está tomado de San Lucas 3, 1-6, y en él leemos:

En el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisanio tetrarca de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: «Voz del que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos; los valles serán llenados, los montes y colinas serán rebajados; lo torcido será enderezado, lo escabroso será camino llano. Y toda carne verá la salvación de Dios».

Los pecadores son el desierto, campo sin cultivar donde ninguna semilla produce fruto. Desierto, donde la voz del Señor no deja de llamar. *La sabiduría está clamando fuera, alza su voz en las plazas; clama encima de los muros, en las entradas de las puertas de la ciudad, y va diciendo: ¿Hasta cuándo, simples, amaréis la simpleza?... (Proverbios 1, 20-22).*

El Señor hace oír su voz de cuatro formas diferentes: por medio de sus favores, de la predicación, de sus castigos y de las Inspiraciones Internas».

Su voz a través de los favores.

Dios trata al pecador con su mayor bondad, dándole salud, honores y riquezas para tocar su corazón. Pero tan perversos somos, que cuando todo nos es próspero nos olvidamos del bienhechor y nos embriagamos de orgullo. *La prosperidad de los necios los perderá (Proverbios, 1, 32). «Insensatos somos. Todos los animales conocen a su bienhechor y le demuestran agradecimiento; tú solo, hombre, eres más ingrato que las fieras y muerdes la mano que te alimenta».*

Por todas partes suena la voz de los favores divinos. Son voz de Dios: los cielos, el sol, la tierra, etcétera; ¡oh hombre!, conoce a tu bienhechor y dale gracias.

Su voz de la predicación.

Como la voz de los favores no resulta clara para muchos, Dios hace oír al pecador una segunda voz, que le empuja y le da prisa para convertirse por medio de la predicación. Esta no es la voz del hombre, sino la voz de Dios. El Señor decía: *El que a vosotros oye, a mí me oye* (Lucas, 10, 16). Y San Pablo transmitiendo esta doctrina a los Tesalonicenses, les escribe: *Por esto incesantemente damos gracias a Dios de que, al oír la palabra de Dios que os predicamos, -la acogisteis no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios, cual en verdad es, y que obra eficazmente en vosotros que creéis* (1 Tesalonicenses 2, 13).

«Todos conocéis cuál fue antiguamente en la tierra el poder de esta voz, y cómo la predicación de Dios convirtió al universo entero.

Mas hoy ha perdido su poder, y es raro conseguir que se arrepienta el pecador.» Por eso en nuestros días Dios hace oír con más frecuencia su tercera voz, la de los castigos.

Voz de los castigos

Para un sueño tan profundo, la sacudida que nos despierte tiene que ser, muy grande.

¿Y cuán profundo es este sueño soporífero? Mirad, hijos, a vuestros lados, contemplad a nuestras naciones: Brasil, Portugal, Francia, Paraguay, etcétera, y por ejemplo, miremos a esta vieja piel de toro, antaño martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, reserva espiritual. Ved a esta España que llevó el Evangelio a medio mundo, y llorad ahora viéndola postrada ante la agenda 2030, su dios; ante el independentismo, su nueva religión, el ídolo que sustituye el culto a Cristo por un monstruoso engaño histórico; ante los partidos rojos socialistas y comunistas con currículo criminal. Pero no sólo es esta vieja piel de toro, sino cada nación que antaño era católica.

Mas observémonos también a nosotros mismos, primero en lo externo, y cada uno mírese a sí mismo. ¿Qué has hecho para que una ideología perversa, la de género, no corrompa el alma de tus hijos, y quizás la tuya propia? ¿qué hiciste contra el mayor, numéricamente hablando, "holocausto" de la historia: cientos de millones de niños asesinados en el vientre de sus madres en todo el mundo ¿qué estás haciendo ante el descuartizamiento de tu patria, que era reserva espiritual, y hoy es la vanguardia del anticristo y la más espantosa apostasía? Están convirtiendo a los hombres en carne estúpida y tú ¿qué dices? ¿qué haces? No has nacido para ser carne de yugo, sino que tienes la dignidad más grande: ser hijo de Dios. Tal vez respondas: voto al mal menor. Pero hijo, ¿no sabes acaso que el mal menor es un mal? Jamás está permitido al católico votar al mal; jamás le está permitido pecar. ¿No has visto que cuando ha gobernado el mal menor, que tanto le gusta a esa cuadrilla de herejes con solideo, llamada conferencia episcopal, no han cambiado nada de lo que habían introducido los rojos, es decir los comunistas? Y recuerda que, según el magisterio de la Iglesia el comunismo es una ideología intrínsecamente perversa. Y el que mantiene su obra, cuando puede cambiarla,

es sino tan perverso, al menos un traidor ¿No te das cuenta que, entre el mal menor y el mal mayor han creado un leviatán, una bestia gigante, es decir, un estado que ha suprimido ya casi toda tu libertad, y nos van a reducir a la más terrible esclavitud que jamás conoció la humanidad? Te encierran cuando quieren, con el invento de la *cosa nostra de la OMS*, llamada covid (negocio de las élites más poderosas y satánicas); te inyectan veneno, y si te niegas a recibir la vacuna, no puedes viajar; pervierten a tus hijos con las más inicuas doctrinas conocidas, y no puedes hacer nada eficaz; te señalan lo que has de comer, ahora dicen que gusanos, que ni los cerdos los aceptan como alimento; te obligan a cambiar tu medio de transporte por otro más caro contándote una y otra vez el mayor cuento genocida: el cambio climático, ante cuya ideología se postran genuflexos los del mal menor y mayor, y casi todos, incluyendo, tal vez, a ti mismo; y hasta te enseñan como debes morir, porque para el leviatán eres inútil, o sea, oneroso: suicidándose, es decir con la mal llamada eutanasia, comparandote a la más miserable basura.

Dirás, quizá, yo no entiendo de esas cosas. Comprendo; tal vez eres de los que aspiran a una cerveza y a un plato que llene tu estómago, malgastando tu vida ante la televisión; has cambiado a Cristo por esa comodidad y eres, no ya un hombre, sino un aveSTRUZ.

Pero, miremos también nuestra vida íntima ¿está exenta de pecados mortales? Cuánta lujuria hay, cuántos contratos incumplidos, cuántas blasfemias., cuántos temores humanos negando a Cristo, cuántas Misas omitidas, cuántos malos ejemplos y tal vez escándalos a tus mismos hijos y a tus prójimos, cuántos odios irredentos, cuántas envidias disfrazadas hasta de piedad, cuántas mentiras e infamias, cuántas oraciones omitidas, cuántas gracias despreciadas, cuántos propósitos de cambiar jamás cumplidos !Tantos pecados mortales amontonados¡¿te extraña, pues, que los que te representan sean una cepa de Sodoma, o un campo de Gomorra? ¿Y ante los castigos evidentes, no serás tú, un brote salido de esa misma cepa de Sodoma?

Ante los castigos, algunos, como los hermanos de José (Génesis 32, 21), se despiertan; otros abren los ojos y dicen: ¡Ay, hemos pecado!, pero vuelven a dormirse en seguida; otros comienzan su conversión, pero olvidan sus propósitos; otros, por desgracia, no se despiertan siquiera. ¡Qué pena verlos, como Faraón (Éxodo 8), recibir golpe tras golpe, sin conocer la mano de dónde vienen!

«Tal es la situación de nuestros días: la abominación de la desolación ¡Oh Dios mío!, ¡cómo pesa vuestra mano sobre nosotros! ¡Cuántas guerras, cuántos azotes, cuánta calamidad, y nadie se convierte, nadie hace penitencia; nos hemos vuelto insensibles! Cuantos más golpes recibimos, más aumenta nuestra locura dureza. No queda otra esperanza sino la de que el Señor haga oír fuerte, la más poderosa de sus voces».

Voz de las inspiraciones internas

«Voz de trueno por su fuerza, puede hacerse oír para los oídos más sordos. La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula. (Hebreos, 4, 12). *Esta voz*, decía San Bernardo, *no es una voz que retumba, pero penetra; no es brillante, pero*

es eficaz; no deja oír aún ni el más ligero murmullo, pero arrastra a las almas con suave unción.

En efecto, unas veces es fuego que enciende en amor, como a la Magdalena, y hace decir a los de Emaús que sentían arder su corazón. Otras, como martillo y granizo, retumba, fuerte, severa, terrible, reprobadora, tal como la oyó el Apóstol San Pablo. Más duro aún es oír la voz de Dios que reprocha, que la sentencia de muerte en el cadalso. Ojalá la oigáis en esta vida y no en la otra. Aflígeme, Señor, repréndeme, porque esta reprensión es señal de tu amor, tal como dijiste en el Apocalipsis: *Yo reprendo y corrojo a cuantos amo.*

El primer modo de llamarnos empuja hacia el amor, el segundo nos arroja en el santo temor de Dios. Pidámosle que infunda en el corazón de los que gobiernan deseos de concordia y unidad y en el de los prelados cuidado de la Iglesia, pues, como decía ya Santo Tomás de Villanueva unos años antes del Concilio de Trento, al que parafraseo, “*Pues, ya sabéis, todo se ha perdido, y si el clero no se reforma pronto, no podemos esperar días mejores.*”

Estos son los diferentes medios de que Dios se vale para que se oiga la voz en el desierto. Si alguno que me escucha es desierto, le responderá el salmo 94, diciendo: *no endurezcáis vuestro corazón, como lo hicieron aquellos a quienes, en su cólera, Dios juró que no los dejaría entrar en su descanso.*

Si deseamos oír esta voz, pidamos que la oigan también nuestros gobernantes en los días de Navidad, para que el Señor, por fin, pueda enviar la paz a su pueblo.

Preparemos el camino del Señor.

El camino de que se trata aquí no es otro que nuestra alma. Esto es lo que exige su venida: Preparación. Dios, para habitar en nuestra alma con su gracia, no sólo quiere que sea pura y que esté limpia de pecado mortal, sino que desea encontrarla preparada, para el cumplimiento de la vocación y de los designios que tiene sobre ella. San Juan Bautista pasó casi toda su vida en el desierto, preparándose para la venida del Mesías. El pueblo de Israel estuvo cuarenta años en el desierto como preparación para su misión de pueblo escogido de Dios. Samuel pasó toda su infancia y juventud en el Templo, preparándose para la realización de los designios de Dios acerca de su persona. De la misma manera, la Santísima Virgen pasó toda su juventud en el Templo, y su vida fue una preparación toda divina, para la única misión que le había sido confiada. Preparemos, pues, nuestra alma, para la venida y los designios de Nuestro Señor.

¿Y Cómo hemos de prepararla?

Con la penitencia, que nos predica el Bautista. Este espíritu de penitencia cristiana consiste: en recordar los pecados; arrepentirse de todo corazón; acusarse de ellos sincera y humildemente, y castigarse justamente, pero no sin consejo de sacerdote prudente. Haciendo estas cosas como buenamente sepamos y de la manera debida, obtendremos el fruto purificador de la penitencia cristiana. Mas, aunque el pecador, como dice San Juan Crisóstomo, está seguro de la realidad de su pecado, pero no lo está de

la validez de su penitencia, no obstante, la absolución sacramental, recibida en las debidas condiciones, nos ofrece la mayor seguridad. Además, hay señales ciertas de arrepentimiento y de penitencia verdadera, o sea los frutos dignos de la penitencia que nos predica el Evangelio. Estas señales son: 1., el suprimir o evitar las causas y ocasiones del pecado 2. reparar los daños y efectos causados por el mismo; y 3. emplear con constancia los medios para no volver más a pecar.

Se nos manda “Allanemos el camino.”

¿Y cómo? Rebajando lo que sobresale, llenando los huecos y enderezando lo que ande desviado; he aquí como lograremos que sea recto el camino del Señor hacia nuestra alma. Rebajemos en nosotros este orgullo y este amor propio tan hinchado, humillándonos cual conviene; hagamos que desaparezca de nosotros esta montaña de la soberbia de la vida, con la sencillez de una vida cristiana. Llenemos el valle profundo de la concupiscencia con la mortificación, y el abismo de la avaricia con la práctica de la misericordia. Enderecemos las tortuosidades de la envidia y de la ira con la caridad evangélica. Rellenemos los huecos de las faltas y de los defectos diarios y el vacío de las buenas obras, con los actos de virtud. Removamos todos los obstáculos que impiden el paso de la gracia hacia nosotros. Pensemos en que, si no lo hacemos de buen grado, para nuestro bien, Dios lo hará para gloria suya y confusión nuestra, el día del juicio, pues escrito está que todo valle será llenado y toda montaña se abatirá humillada, esto es, que el humilde será ensalzado y el soberbio será humillado. Sigamos, pues, con suavidad y alegría, el consejo del Bautista y hagamos penitencia, porque el reino de Dios está cerca. Y puesto que falta tan poco tiempo para celebrar el nacimiento del Señor y tal vez no mucho para su segunda venida, durante estos días, con la más gozosa esperanza y con más frecuencia que nunca: Preparemos nuestra alma para el Señor, pues está a punto de llegar.